

Sarmiento y el Indio

El juicio de Sarmiento transformose en fobia hacia el indio haciéndole decir cosas indignas de hombre sabio y comprensible; al considerarlo bafosofia humana y exigir su destrucción, demostró carencia de calidad interpretativa, de serenidad indispensable para juzgar las cosas como corresponden dentro de la naturaleza y la historia. Lo que vengo predicando desde hace años es hecho vital: el indio vive y vivirá siempre en la multitud americana por imperativo de fenómenos biológicos y cósmicos que absorben la esencia del ser permitiendo la perduración de sus caracteres sobresalientes.

El libro a que pertenecen estos párrafos evidencia cómo es que hasta en los alejados valles Tiawitas el indigenismo es realidad palpable.

Sarmiento, cuando en el ejército de Urquiza contra Rosas, en auto elogio de su traje y equipo de montar, recado, espuela, espada bruñida, levita abotonada, guantes, quepí francés, palelot en lugar de poncho, afirmaba: "todo yo era una protesta contra el espíritu gauchesco".

Ignoraba el alcance y significado de la voz gaucho, netamente kichua, ni siquiera percibió que él estaba actuando como tal. Mayoría de otros argentinos destacados padecieron idéntica ignorancia, bien es cierto que para sus patriadas utilizaron a los criollos en esa posición de superioridad que ha trascendido prestigiosamente para satisfacción de la tradición y de la historia.

El pretendía modificar la actuación del pueblo cambiándolo de traje; su agobiante aspiración

era vestir al pueblo argentino íntegramente con ropa a la usanza de París, y nótese que no digo de Europa, pues demasiado se sabe que en aquella época y hasta ahora existen muchas poblaciones europeas que usan vestimenta a su conveniencia y posibilidades, y que jamás han faltado las que andan andrajosas. Sería sumamente interesante llegar a una conclusión de carácter universal sobre la conducta del hombre y el hábito de su predilección, advirtiendo por mi parte — y la cosa es histórica — que tanto bajo la túnica, como bajo el sayal del fraile, que tanto bajo la levita o el poncho, se han guarecido pícaros los más diversos, tiranos, ladrones, asesinos, inservibles, porquería humana que confirma plenamente aquello, célebre y dominante, de que "el hábito no hace al monje". Urquiza en cambio, gustaba del poncho, prenda alcornosa y tradicional; igual predilección tuvieron San Martín, Rosas, Alem; también la sustento yo, que lo uso confiado y sereno como buen criollo argentino. Leyendo la información sobre el Ejército Grande, como todas las otras escritas por Sarmiento hay cosas admirables, brillantes, fecundadoras, pero uno se topa también con zoncetas, y a veces graves, como por ejemplo cuando pretende la Patagonia para Chile o exajera antojadizamente opiniones contra el talento, la capacidad y habilidad de Rosas; también cuando se firman decretos poniendo a precio la cabeza de ciudadanos argentinos que si cometieron pecado nunca se hicieron pasibles al deguello, anhelo que desfiguró la personalidad de Sarmiento, quien llegó a declarar posibilidad de horca para el mismo Urquiza al cual el día de la víspera le cantó los de superación. De ninguna manera me acreditan méritos para disminuir la potencialidad cerebral y la excelencia cívica de Sarmiento, pero como domino la historia y sé filosofía y no me son extrañas las preocupaciones de justicia social, pienso que de cuando en cuando hay que sofrenar a estos destacados pensadores que se creen los únicos facedores de la Patria.

Yo he dedicado algún libro a esta magnífica ciudadanía argentina de proyección mundial, que es Sarmiento, pero no adulo ni permaneceré silencioso ante disidencias que puedo fundamentar con mejor causa. Me cuadro delante de su presencia histórica, pero registro mi disconformidad que la tengo documentada aún contra la inconsecuencia y falacia de algunos Dioses.

Prof. Julio S. Storni
(Universidad de Tucumán, Argentina)